

EL LENGUAJE SAGRADO Y SU ESCRITURA

*Julieta Lizaola*¹

Facultad de Filosofía y Letras
Universidad Nacional Autónoma de México
México, DF
jlizaola@prodigy.net.mx

Ser uno con todo, ésa es la vida de la divinidad, ése
es el cielo del hombre... (Hölderlin).

Resumen

El presente texto versa sobre una de las formulaciones que realiza María Zambrano en relación con el origen de la escritura. La autora plantea el tema como una vía para adentrarnos en la genealogía de los saberes fundamentales, por lo que la intención de estas líneas es introducirnos a la complejidad de la palabra escrita observándola como algo originariamente sagrado. El postulado central es que el lenguaje sagrado es el centro de toda escritura.

Palabras clave: sagrado, escritura, poesía, filosofía

THE SACRED LANGUAGE AND ITS WRITING

Abstract

This text deals with one of the formulas that María Zambrano makes in relation to the origin of writing. The Spanish author presents the

¹ **Julieta Lizaola** es Doctora en Filosofía por la UNAM. Ha realizado estudios de Sociología en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM; Ciencias de la Educación en la Universidad del País Vasco y Filosofía en la Universidad Autónoma de Madrid. Su área de investigación ha sido la Filosofía de la Cultura. Sus publicaciones han correspondido a la hermenéutica de lo sagrado y formas de exclusión política. Actualmente, es miembro del Sistema Nacional de Investigadores, profesora de la licenciatura en Filosofía y tutora del Postgrado en Filosofía en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM.

Fecha de recepción del artículo: 5.3.2007.

Fecha de aceptación: 20.3.2007.

theme as a way of thoroughly studying the genealogy of fundamental knowledge, thus the intention of this lines is to introduce us to the complexity of the written word, seeing it as something originally sacred. The principal idea is that sacred language is the center of all writing.

Key words: sacred, writing, poetry, philosophy.

1. El lenguaje sagrado es el prólogo de todo saber, sostiene María Zambrano; es la matriz del conocimiento y, por lo mismo, de la creación del hombre y de la historia. Es el espíritu poético manifestándose y conformando el *corpus* de la sabiduría. Saber originario que al germinar en la fertilidad del misterio se desgaja en múltiples saberes; perfilando la idea de que, al separarse, ha perdido la unidad originaria alejándose de la semilla que alimenta sus raíces. Así, la sabiduría al escindirse genera los saberes fundamentales: lo religioso, lo poético y lo filosófico; los *saberes de salvación*, aquellos que nos recuperan, que nos sostienen.

Poesía, filosofía y religión necesitan aclararse mutuamente, recibir su luz una de la otra, reconocer sus deudas, revelar al hombre medio asfixiado por su discordia, su permanente y viva legitimidad; [y] su unidad originaria.²

Las delimitaciones entre estos tres tipos de saberes serán formuladas después, cuando ya haya surgido la escritura, o dicho de otra forma, sólo podrán recrearse a partir de la escritura. En palabras de Colli, cuando ya la sabiduría sea cuestión del pasado y ya existan sólo filósofos, es decir, sus amantes o perseguidores.

La sabiduría antigua corresponde al mundo de la transmisión oral, a la fuerza de la memoria y la remembranza; la memoria es el lugar que cobija las adquisiciones del conocimiento, ligado aún a una forma de vida integral donde no se han establecidos los señalamientos que especifican dónde empieza un saber o dónde termina otro. Religión, poesía y filosofía provienen de la misma interrogante: los tres están al borde de un mismo abismo.³ «Estos espacios — afirma Zambrano — cuando se abren han de ser percibidos no como conquistados, ni simplemente encontrados, sino como recuperados [...] como logro de una larga búsqueda de una *quiete*».⁴ Es decir, de una verdad poética.

Toda creación del espíritu es ante todo poética, es la respuesta generada en el más esencial de los vínculos, es decir, el del misterio aunque éste se perciba inefable e inabarcable. El oficio de la palabra será precisamente profundizar, ahondarse en él, perseguirle amorosamente como propone la filosofía primera. Las iniciales construcciones religiosas traerán al mundo los rituales y la ineludible liturgia que acompaña a todo culto. Ritos que requieren esencialmente de la fuerza invocadora de la palabra. «Toda palabra es un conjuro — afirma Novalis—. Ese espíritu al que se llama aparece»⁵. Recordemos lo celebres versos de Borges cuando cantan que «en las letras de *rosa* está la rosa y todo el Nilo en la palabra Nilo».

En sus formas, las liturgias han devenido en repeticiones rítmicas y versificaciones dando, así, origen a los himnos, oraciones, letanías, cantos, poemas. Durante siglos fueron ellas las que cumplieron con el cometido central de establecer la mediación con las divinidades. Los aedos o cantores épicos componían y recitaban recurriendo a su patrimonio tradicional.

La poesía es la esencia misma del lenguaje, su origen, su fundamento y su proyecto en el tiempo.⁶

Así lo considera Romero de Solís. Las primeras narraciones épicas no pueden ser consideradas creaciones sólo literarias como tampoco pueden ser entendidas como canon religioso o comprometidas como discurso filosófico. ¿Qué son las primeras narraciones? ¿Son mitos fundacionales, teodiceas, revelaciones, construcciones filosóficas, orientaciones pedagógicas, poéticas cósmicas? Son, podemos afirmar, relatos que remiten a una experiencia singular donde la religiosidad, el aprendizaje y la forma poética expresaban su unidad, conocimientos que aún no contenían una escisión pues la experiencia de la que provenían tampoco había sido fragmentada ni desgajada de la unidad primera. Recordemos no sólo a Guilgamesh o a la *Iliada* de Homero, sino también que dentro de la genealogía filosófica encontramos que Parménides recibió inspiración de una diosa para que a través de un poema manifestara los dilemas de la filosofía.

La aparición de la escritura modificará y otorgará una nueva condición a las liturgias; éstas se diversificarán en sus formas e irán tomando los cauces que hoy distinguimos como diferentes géneros literarios. La tradición oral, que inicialmente auxilió al rito, habrá cedido su lugar a la escritura. La palabra

originaria, entonces, es canto y es anterior a la filosofía. La aparición de la escritura guardará relación con el surgimiento de la razón teórica, tal como la memoria con la poesía; formas técnicas que derivan a su vez en diferentes lenguajes y conocimientos a transmitir.

Se descubre en le arte [...] el empeño de reencontrar la huella de una forma perdida no ya de saber solamente, sino de existencia; [...] Testimonio de que el hombre ha gozado [...] de un vivir diferente, dentro de un espacio y un tiempo propios, dentro de un lugar central y no en la periferia, cuando los rayos divergentes no se habían separado aún.⁷

2. Es necesario detenernos un momento y señalar que el termino *lenguaje sagrado* puede tener diversas interpretaciones. Si bien, en un sentido general, hace referencia a una creación, una edificación y sostenimiento de un orden cósmico, es necesario aclarar que en este caso no será observado desde la percepción del creyente, es decir, no será un dogma. La perspectiva desde la que es entendido considera que las *palabras sagradas* poseen un carácter creador y generador de múltiples realidades; afirmando que la condición engendradora, poética, de la palabra está imbricada con la fuerza de la religiosidad. Por lo anterior, podemos entender el planteamiento que formula Zambrano, cuando dirige su mirada hacia la vinculación, para ella indisoluble, entre lo sagrado, la creación de la escritura y sus diversos frutos.

El hecho de que el *lenguaje sagrado* se haya traducido en escritura significará un acto cultural de enorme envergadura. Los escritos sagrados no sólo se corresponderán con los testimonios de una fe o las revelaciones de una divinidad, sino que, su condición de sagrados está relacionada con el hecho de atravesar el centro divino del hombre, de traer luz desde sus entrañas; así, la escritura es considerada sagrada cuando emerge desde el alma humana. Esto ocurre cuando cada palabra escrita es fruto de un acto que «no cría perlas de cultivo ni comercia con simulacros»⁸, como señala Saint Jhon Perse, sino que es adhesión total a lo que existe, enlace con la permanencia y la unidad del ser. Acto de escritura que no se atreve a disociar el amor al conocimiento del arte de la vida. Porque —como nos recuerda Hölderlin— «el hombre, cuando ama, es un sol que todo lo ve y todo lo transfigura». El escritor, sea filósofo o poeta, conoce el umbral donde el amor al misterio hace asequible una expresión de lo sagrado. Toda escritura es sagrada por surgir de esa unidad originaria.

La escritura también implica un desdoblamiento, siendo una necesidad expresiva que proviene del fondo íntimo del hombre, se conforma como estilo o género literario inaugurando espacios vitales hasta ahora inexistentes. De ahí su importancia simbólica, como el lugar sacro al que se accede gracias a una serie de acciones rituales. Acciones asimiladas al encuentro de la palabra precisa o verdadera para dar cumplimiento a todos los aspectos del ser humano y de la realidad que lo circunda. En el antiguo Egipto decir la verdad era decir la palabra exacta con la voz justa. La verdad no podía ser sino sagrada. Así, el lenguaje sagrado unifica al hombre con el mundo y al hacerlo lo vivifica. Le abre a un nuevo espacio-tiempo, a una nueva realidad, como puertas que se abren e invitan a ser traspasadas, no como espacios conquistado sino recuperados por el que escribe.

El espíritu poético sostiene por igual al poeta que al filósofo en su nostalgia por un tiempo primordial, donde la unidad sagrada del origen les permite crear, «y realizar su insaciabilidad de intimidad con las formas de la realidad»⁹. Esta nostalgia «encierra —en palabras de Zambrano— un don de la infancia del mundo, del alba del lenguaje; reiterada germinación... de la luz y la palabra»¹⁰ (*El nous poetikus*). Seres creyentes en la immaculada concepción de la palabra, buscan en las cosas descubrir el secreto misterio que las anima. Cito a Zambrano:

En lugares eminentes del pensamiento filosófico, cuando el rigor resplandece al máximo, en las definiciones, en los teoremas, en los principios parece una suerte de lenguaje sagrado (...) Estos lugares de la filosofía son aquellos en los que el pensamiento aparece despojado hasta de la razón (...) Al modo de las cumbres que hacen olvidar el camino que lleva hasta ellas, el que llega se encuentra allí simplemente alzado sobre la tierra, sin más vecindad que la del firmamento.¹¹

La poesía y la expresión religiosa emergen juntas, la filosofía lo hará en un período posterior cuando haya descubierto que el texto no es necesariamente rítmico, ni idóneo para su memorización y además será factible regresar a él cuantas veces sea necesario para recorrer el conocimiento que ofrece. En suma: poesía y filosofía nacen hermanadas; nacen de un mismo núcleo que tiene la capacidad de generar diferentes formas de relato, pero no pueden, aunque lo hayan pretendido, en especial la filosofía, evadir la otra raíz primigenia del saber humano que es la religiosidad.

Si elaboráramos un esquema de la escritura, tendrían que aparecer la liturgia, la poesía, el pensamiento y los diferentes géneros literarios a los que responden. Las musas han atendido por igual a poetas y filósofos. La escritura llegado al mundo a otorgar sentido, a narrar, a relatar la vida, a elaborar las diferentes tramas en las que los hombres nos correspondemos unos a los otros. La escritura es la posibilidad de una mínima armonía que una vez salida del texto, encontrándose en el más allá de la realidad social, nos abriga con el sentido y delimitación del cosmos. Los dioses nos permitieron —según el saber antiguo— entender los murmullos de las musas, descifrar las ecuaciones del universo y los misterios del espíritu. Los dioses y las diversas formas de literatura han sostenido una larga relación íntima. La escritura, entonces, aparece como parte del proceso de acciones que nos vinculan con lo numinoso, ya sea como hierofanía ya sea como oración. Es decir, ya sea dictada por Dios hacia los hombre o ya sea de los hombre hacia Dios. La escritura —hemos reiterado— posee un carácter sagrado por mediar entre la divinidad y el Hombre.

Recordemos el *furor divino* que impregna a la creación literaria de la locura de las musas: la imaginación filosófica, la creación poética, son sus hijas; si se está poseído por ellas, se está poseído por su locura, por su furor divino. Adentrarse en lo divino es encontrar el sentimiento que nace de ahí transformado en palabra, haciendo de su voz la vía por la que el hombre y lo sagrado se mantiene en unidad. Tales seres poseídos son los que saben que son posibles otros órdenes narrativos, otras concepciones del orden cósmico, otros espacios para la relación con las divinidades, otra arquitectura para construir la ciudad, la *polis*. Escritura del alma que para narrar ha erigido los que se consideran dos estilos claramente diferenciados: el literario y el filosófico. Ambos géneros dan cuenta de la escisión que ya ha sufrido el alma: el hombre religioso, en tanto que sabe de la presencia de lo sagrado en la vida del hombre, de espíritu poético y perseguidor de la sabiduría, ha dejado de ser una misma persona.

Hoy poesía y pensamiento filosófico —afirma Zambrano— se nos aparecen como dos formas insuficientes de conocimiento y expresión. Y a modo de dos mitades del hombre, el filósofo y el poeta. No se encuentra el hombre enteramente en la filosofía ni en la poesía. No se encuentra enteramente la totalidad de lo humano en ninguna de esas dos formas que enteramente lo reclaman.¹²

3. La unidad originaria, que se sostuvo hasta el pensamiento presocrático, se desgajó en el saber del poeta, como creador y descubridor de horizontes y el del filósofo, cuya reflexión se inicia en la pregunta; testimonio de que se ha perdido la intimidad del trato con las formas de lo sagrado y al hacerlo la realidad emerge ante él como problema. La filosofía se ocupará de la necesaria transformación de lo real en verdadero. Y más específicamente en transformar lo sagrado —ambiguo, oculto— en lo divino, que es lo revelado, diáfano. Para Zambrano la reintegración de la filosofía con la poesía es imprescindible, es la reintegración de las dos mitades de un solo saber. Y precisamente, este saber integral es el que el hombre necesita para sostener el horizonte en su totalidad, el que necesita como tránsito de la simple realidad a la verdad.

Religión, poesía y filosofía han de ser de nuevo miradas con una atención dispuesta a recibirlas en lo que tienen de común y en lo que tienen de irreductibles, si se haya. Solamente ante una mirada de este género, y en su abierto horizonte, la filosofía encontrará justificación.¹³

Por último, es necesario señalar que la palabra escrita incorpora un elemento fundamental: su fijación en el texto. Ya no será transitoria sino permanente; será palabra que el escritor ha rescatado de la inmensidad, impidiendo su pasar entre otras tantas cosas que se desvanecen, aprehendiéndola como algo tangible. De esta nueva condición derivarán diferentes posibilidades de relacionarse con ella: no sólo se ha impedido su dilución sino que la palabra ha sido apresada: sus contenidos y representaciones han sido sujetadas. Por ello, un texto puede devenir en algo inmutable, generador de creencias estáticas y definitivas, o por el contrario ser fuente de nuevas recreaciones.

En tanto que la necesidad de construir verdades es algo insaciable, escribimos porque hay verdades que rescatar, formas que no queremos perder una vez que hemos logrado vislumbrarlas. Realidades que han atravesado el dintel de lo sagrado y que gracias a ello han podido ser arrancadas al todo que nos circunda. La palabra sagrada es acción, es *logos operante*, afirma Zambrano, por lo que su condición es propiciar actos de creación fundados en la capacidad del hombre de encontrar la palabra correcta en el momento preciso. «Nombrar poéticamente es crear por la palabra, dar existencia, sacar de lo oculto y misterioso, innombrado, al ente: hacerlo visible»¹⁴. Y, con ello, abrir una perspectiva antes no habida por el hecho de no haber sido vista.

El escribir... tiene algo de rito, de conjuro y más aún de ofrenda, de aceptación del ineludible presente temporal, y de transitar por el tiempo, de salirle al encuentro, como él hace, que no nos abandona: y como al fin el tiempo se mueve, hace moverse al ser humano; moverse es hacer algo, hacer algo de verdad, tan sólo. Hacer una verdad, aunque sea escribiendo.¹⁵

Notas

² María Zambrano. *Hacia un saber del alma*. Madrid: Alianza Editorial, 1989. p. 181.

³ Saint Jhon Perse. Discurso de recepción del Premio Nobel de literatura 1960. En: *Los poetas*, Buenos Aires, 1961.p.14

⁴ María Zambrano. *Obra reunida*. Madrid, ED. Aguilar, 1971.p. 227

⁵ Novalis. *Granos de polen*. México, FCE, 1987.

⁶ Diego Romero de Solís. *Enoc. Sobre las raíces filosóficas de la poesía contemporánea*. Madrid,Ed. Akal, 2000

⁷ María Zambrano. *Obra Reunida*. Madrid, Ed. Aguilar, 1971. p. 221

⁸ Saint Jhon Perse. *Op cit.* p. 18

⁹ Mariana Bernardez. *Zambrano, de la imagen a la mediación de la palabra*.

¹⁰ María Zambrano. *Obra reunida*. Madrid. Ed. Aguilar, 1979. p. 220

¹¹ María Zambrano. *Obra reunida*. Madrid. Ed. Aguilar, 1979. p. 223.

¹² María Zambrano, *Poesía y filosofía*, en *Obra reunida*, p. 116.

¹³ María Zambrano. *El hombre y lo divino*. México, Ed. FCE, 1973

¹⁴ Chantal Maillard. *La creación por la metáfora*. Barcelona, Ed. Anthropos, 1992.p. 51

¹⁵ María Zambrano. *El hombre y lo divino*. México, Ed. FCE, 1973. pp. 11-12